

Luis Advis Vitaglić (1935-2004), un vinculador de mundos

Conocí a Luis Advis en los inicios de la década de 1960, en el seno del mítico taller de composición a cargo del gran creador y maestro Gustavo Becerra, que reunió además a figuras como Sergio Ortega, Fernando García, Cirilo Vila, Gabriel Brncic, Miguel Letelier y tantos otros.

El ambiente que respiramos todos cuantos tuvimos el privilegio de participar en el taller, era el de una libertad irrestricta conjugada con el rigor de un pensamiento crítico. Luis Advis sobresalió en muchos aspectos. Destacado pianista, lo recuerdo interpretando con la misma soltura el *Carnaval* de Robert Schumann, como improvisando jazz a cuatro manos con Sergio Ortega en el piano de cola de la residencia de la madre de Gustavo, ubicada en la calle Simón Bolívar, donde trabajábamos con nuestro maestro los días sábados por la mañana.

Luis Advis, además de música, estudió filosofía en el mítico Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, estudios que combinó, según la documentada entrada de Silvia Herrera Ortega publicada en el *Diccionario de la Música Española e Hispanoamericana*, con el derecho y la literatura italiana. El año 1960 publicó en la *Revista Musical chilena* un artículo sobre la aplicación de los símbolos lógicos al análisis musical, que vinculó el mundo de la lógica con el de la música, abriendo perspectivas nuevas y hasta entonces insospechadas, en los estudios sobre semiótica de la música que dirigía Gustavo Becerra, quien los profundizaría durante su ulterior estada en Alemania. Asistí a la cátedra de estética que ofrecía Luis Advis en la entonces Facultad de Ciencias y Artes Musicales, en la que vinculaba con gran rigor la estrictez del pensamiento con la intuición del creador.

La estrecha vinculación que demostró entre la intuición y la estrictez del pensamiento nutrió su quehacer como catedrático de filosofía y estética en la Universidad de Chile y en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y se complementó con valiosos estudios sobre tópicos tan variados como el ritmo musical, las academias renacentistas, el displacer y trascendencia en el arte, la música en el cine, la estética medieval, la bossa nova y la Nueva Canción Chilena.

Como compositor Luis Advis perteneció a la generación de músicos que irrumpió en un momento de maduración, apertura y pluralismo de nuevas tendencias, que se inició a comienzos de la década de 1950. Tal como otros compositores de este periodo, Gustavo Becerra, Juan Amenábar, Juan Lémann, Cirilo Vila, Tomás Lefever, Miguel Letelier, Sergio Ortega, y algunos otros, Luis Advis vinculó la música con el mundo de la escena. En el caso del teatro, surgió, de su asociación con el dramaturgo chileno Jaime Silva, la música para *La princesa Panchita* (1958), *Las travesuras de don Dionisio* (1964) y *Los grillos sordos* (1964). Para la televisión, escribió, en 1972, la música de *Sal del desierto* dirigida por Alejandro Sieveking en un momento en que la naciente televisión chilena mantenía una orientación cultural bajo el alero universitario, ajena, por lo tanto, al contenido comercial que asumiría después. Para el cine, puede evocarse la música para *La tierra prometida*, dirigida por Miguel Littin (1973), o *Julio comienza en julio* (1978) y *Coronación* (2000), dirigidas por Silvio Caiozzi.

Luis Advis Vitaglic
(1935-2004)



Según Silvia Herrera Ortega, Luis Advis consideró su música para el teatro, cine y televisión, como lo "más importante dentro de su producción", en la que se sintió mayormente realizado como artista.

En su obra musical vinculó mundos tan variados como el del romanticismo pianístico, la ópera italiana decimonónica, el mundo músico-poético de Kurt Weil, con la música popular chilena y latinoamericana. Lo popular tiene una fuerte gravitación en obras instrumentales tales como la *Suite latinoamericana* (1976), escrita inicialmente para conjunto instrumental y orquestada posteriormente, las *Quince variaciones sobre un tema alemán* (1983) para quinteto de vientos y la *Suite sobre un tema de Ch. Joplin* (1983) para conjunto instrumental.

Pero es en la música para voz y acompañamiento instrumental donde Luis Advis produjo sus obras más emblemáticas. Tal como *Gracias a la vida* de Violeta Parra, es la *Cantata Santa María de Iquique*, compuesta el año 1969 y estrenada en Santiago al año siguiente, un componente fundamental del canon de la música chilena del siglo XX. Confluyen en la cantata una temática que representa un hito en la historia de la sociedad chilena y un estilo musical de gran simplicidad, al alcance de cualquier músico, junto a un tratamiento muy creativo de la melodía y armonía. Estos rasgos musicales nutren pequeñas obras ulteriores para voz y piano, tales como la *Cueca* (1978) y el *Rin-Rin* (1980), u obras mayores para voz y conjunto, tales como *Canto para una semilla* (1972) o la *Sinfonía Los tres tiempos de América* (1987).

En lo institucional, fue su capacidad de vincular esta diversidad de mundos, unida a su gran caballerosidad y calidad humana, lo que le permitió cumplir un papel tan destacado como Presidente durante 12 años del Directorio de la Sociedad Chilena del Derecho de Autor. Por otra parte, la amplia mirada humanista de Luis Advis es un modelo para los jóvenes de hoy, expuestos a los riesgos de una atomización creciente en la actual sociedad globalizada del conocimiento.

Luis Merino
Facultad de Artes
Universidad de Chile
Chile